

sus argumentos uno por uno, para que el lector juzgue con exacto y cabal conocimiento de causa.

1º Tradición de las logias francesasparticipación de la masonería iniciación de los franceses Repátese la exposición completa del argumento.

Esa tradición de las logias francesas con los demás consiguientes de acción y expansión masónica se compagina perfectamente con otros orígenes de mayor ancianidad, el templario por ejemplo, que también es localizado, en Escocia primero, después en Inglaterra por sus mantenedores: lo cual es suficiente para quitar fuerza probatoria á la tal tradición. Con el sistema sociniano, por la alegoría del nuevo templo en construcción y destrucción del viejo, se explica á pedir de boca ciertamente toda aquella decoración de albañilería; pero ¿por qué puerta falsa se introduce el rito escoces de tan venerable antigüedad? ¿ni con qué inventiva sacar la denominación de *masón aceptado* ó agregado, universalmente recibida? ¿ni por dónde rastrear tal vez las causas de la inveterada rivalidad entre las dos Grandes Logias de Yorc y de Londres? Y no saco á plaza el grado de Caballero del Temple, achacado por algunos al realista Ramsay, bien que diametralmente opuesto por su significación á todo realismo.

En suma, este argumento se tambalea y besa el santo suelo.

2º “Dispersión de los conjurados de Venecia favorable á la propaganda por Europa.”

En primer lugar, en aquella pandilla de libertinos ¿quién era el cacique, por más que en ella dancen los Socinos? ¿quién llevaba la voz de mando ó empuñaba la férula de maestro, para imponer ó dictar enseñanzas á los demás? Porque no consta claro, pudiendo y debiendo constar; y cualquiera de aquellos pejes, atendidas sus dotes y antecedentes, tenuta cuenta muy particular de la horrorosa fermentación de los espíritus en aquel

infausto período, cualquiera de ellos era bastante abonado para fabricar planes tan deletéreos y revolucionarios, como pudiera el más chapado de los Socinos: recórranse sus nombres y hágase memoria de su vida y milagros. Aparte de que reuniones semejantes á la de Vicencia, se habían celebrado en Módena y en Treviso [1], y de que el socianismo no fué hasta más tarde netamente formulado y erigido en secta por Fausto, y muy lejos por cierto de Inglaterra, contradiciendo esta circunstancia en algún modo la tradición consabida. De todo lo cual se infiere, que en medio del desquiciamiento social, del espantoso caos de las inteligencias y exaltación furiosa de todas las pasiones producidas por el grito de Lutero, cargada la atmósfera de aquellos pueblos de las más insensatas ideas, no podían menos de haber germinado en muchas cabezas volcánicas y almas degradadas los proyectos de impiedad más subversivos, que aproximaban á sus autores, los hacían juntarse, y tramar horribles maquinaciones, aun antes de la famosa conjura de Vicencia. De suerte que la dispersión de los conspiradores sirvió para esparcir y fomentar errores, para derramar semilla de futuras rebeldías y desórdenes y para atizar pasiones; pero no pudo aprovechar para la difusión de la secta, que todavía no estaba ni siquiera incubada en la mente de Fausto Socino, su fundador, el cual nacido en 1539, á penas contaba ocho años de edad, cuando aquellos foragidos hubieron de poner pies en polvorosa y echarse á correr mundo.

En consecuencia, la mentada dispersión de ninguna manera explica el tránsito de la masonería de Italia á Inglaterra, que es el presupuesto en que el P. Lefranc basa su historia.

3º “Capítulo de analogías.”

(1) Historia reformationis Poloniæ, por Lubieniczki.—1685.—Citada por el P. Deschamps.

Antes de entrar en su examen, según riguroso deber de lealtad é imparcialidad, nos incumbe hacernos cargo de un oportuno y maravilloso axioma del sapientísimo h. : Bazot. El cual después de haberse desternillado de risa, mientras ponía en música la ocurrencia de otro tripunteado hermano, que por el afán de enaltecer á su madre, le daba por padre al mismo Dios ó al demonio, luego recobrando su gravedad de maestro y legislador, como respetabilísimo autor nada menos del *Código de los francmasones*, abre sus labios y pronuncia en tono enfático este apotegma: *Una analogía no equivale á una prueba*. Es de saber que el h. : pertenece al número, no muy notable entre los suyos, de los que hacen á la masonería bastante moza, sin que esto sea óbice para que en su obra magistral feche siempre religiosamente por la era masónica, que es la creación del mundo, proceder que certifica la calidad de la raza, quiero decir, el espíritu de inconsecuencia, de contradicción propia y de farsa sistemática. Para que quede bien metido este clavo en la frente, y no se olvide jamás el caso que merecen los masones, aun los más encopetados, cuando nos hablan de su cepa ó primer tronco en el maremagnum de variadísimos y encontrados pareceres inventados al antojo de cada uno.

Una analogía no equivale á una prueba. ¡Descubrimiento portentoso! ¡sagacidad admirable! Pero vamos, h. : Bazot, no negarás, que muchas analogías forman presunción; y si otras analogías contrarias no se presentan, se mantiene en pie la presunción; y esta se robustece tanto más, cuanto más numerosas son las analogías. Ahora si las analogías son tantas, que completan, digámoslo así, el ser por todos lados y lo asimilan á otro; si son tales y tan íntimas, que afectan á la naturaleza del ser y representan sus propiedades características; si se refieren á seres ó cuerpos morales, y se les aplican con inconcuso derecho las leyes generales del humano obrar; si las ana-

logías convienen y se adaptan exactamente á esos cuerpos morales, que se carean y confrontan, cuanto á sus principios, doctrinas, fines, medios y modos de acción y muchas otras circunstancias significativas; ¿entonces no obtendremos una legítima ilación que responda á las más exigentes reglas de la lógica, y que nos dé por fruto de nuestro trabajo la verdadera y sólida certeza moral? Entonces, h. : Bazot, no una analogía, mas si la analogía equivaldrá á una prueba, y nos reiremos de tu perogrullada, ó de tu sofisma, porque no hay que fiar de tí, y te mandaremos noramala con tu presuntuoso axioma y bastardas filosofías.

Mas aún, para recalcar bajo diferente forma la idea que varias veces hemos insinuado y que es fundamental en la materia: ¿qué será, si á esa analogía tan cabal y ajustada la acompañan y fortifican hechos innegables y datos indestructibles? ¿qué, si sobre ese cuadro interesante hacemos reflejar las luces de la filosofía de la historia? ¿qué, por último, si llevados de la mano é ilustrados por nuestras propias investigaciones, nos sentimos con admiración transportados á un mundo nuevo, y vemos elevarse aquel ser ó cuerpo moral que sometimos á nuestro análisis sobre la esfera ó categoría de lo ordinario y hasta de lo meramente humano y natural, y podemos testificar la presencia é influjo continuo de ocultos agentes superiores á cualquier poder y operación terrena, y por encima de todo contemplamos el curso majestuoso de una amante providencia divina, singularmente relacionada con aquel ser extraordinario y con aquellos misteriosos agentes en orden á encumbrados designios y á la protección del humana linaje?

Lo cierto es, cosa muy de notar, que todos sin excepción, profanos y masones, se asen fuertes de la analogía y la invocan en pro suyo. No se descuidan en esta diligencia, conforme vimos, los modernistas mismos, quienes con su historia, ver-

daderamente suya, en la mano debían de quedar contentos y desdeñar agenos sustentáculos ó rodrigones. Y es, que está en la naturaleza de las cosas, y no hay que tirar coces contra el aguijón: se trata de asociaciones secretas del carácter y calibre de la masonería, que anda siempre entre sombras por caminos subterráneos, más que lo nieguen los muy hábiles y los miopes, y que semejante á los ríos de ciertas regiones americanas que arrastran su corriente por túneles naturales, sin salir nunca á flor de tierra ni ser vistos más que por algunas grietas ó espiraderos, que abrió la mano del hombre ó la resequedad del terreno; de una manera parecida la masonería no aparece á la luz sino merced á ventilas y quebraduras practicadas de trecho en trecho, por vía de comparaciones y analogías, remontando su curso por etapas hasta llegar á sus fuentes primitivas. La masonería es oscura; camina por debajo de tierra; datos históricos completos no suministra; de vez en cuando no más se mostró á la claridad del día, en tiempos pasados: en aquellos recuerdos precisa estudiarla: grandísimo recurso es la analogía. Por esto hoy todos se amparan en ella: ¿qué mucho que el P. Lefranc, con el atraso de su época en estudios sobre sociedades secretas, é incapacitado de hacer más de lo que hizo, no encontrase á mano en defensa de su opinión otro argumento tan poderoso como el de analogía?

Justo es que volvamos á él la atención y pesemos el valor de su analogía.

Efectivamente ella existe: es indubitable, es evidente, un ciego la ve.

Deísmo, ateísmo, materialismo, racionalismo el más descarado, todo esto se encierra por igual en el código doctrinal de la secta sociniana y de la masónica; sino que esta va más allá,

tal como en estos días se nos ha revelado, profesa y practica algo más.

Destrucción radical del templo antiguo y tabla rasa de la fe, de los sacramentos, de todas las ciencias y máximas morales. La consignaba Socino en su plan, y en la medida de sus fuerzas la procuraba, trabajando en ella con habilidad suma é indomable ardor. En escala infinitamente más extensa por la mayor madurez de los tiempos, ya preparados con la revolución francesa, con redoblado encarnizamiento y esfuerzos de gigante bate la masonería por todos los frentes los muros de la Ciudad Santa, la Iglesia de Jesucristo, y jura no cejar hasta arrancar los cimientos.

Construcción del nuevo templo sin Cruz, sin Evangelio, sin Dios, sin principios ni doctrina obligatoria, con libertad omnimoda de pensar y obrar, y con el séquito y derivaciones naturales de esta libertad sin freno, coto ni ley: programa sociano. ¿No es esta la orgía de la razón, el libertinaje de los espíritus y los cuerpos, la independencia soberana del hombre, el naturalismo sabiamente aplicado á todos los órdenes y resortes de la vida; no es esto lo que en alta voz proclama y con todos los auxilios del progreso moderno manda á ejecución la masonería?

Indiferencia en la admisión de hombres de cualquier religión, partido ó sistema. En esta parte nada tienen que echarse mutuamente en cara socinianos y masones. Estos últimos diz que decididamente excluyen á los jesuitas: ¡sea parabien á los hijos de San Ignacio! Seguro que la misma intransigencia habría demostrado Socino.

Enganche de filósofos, se entiende, filósofos libres; de deístas y de poderosos. En esto también encajan las dos sectas como media naranja con la otra mitad. Respecto á las dos primeras clases de gente maleante, se gobiernan una y otra por aquel principio, de que las causas productoras de una cosa son las

conservadoras de la misma Solicitar á los que pueden más, se lo inspira el instinto de conservación y natural expansión, innato á todo cuerpo moral. Aunque esta tendencia existiera, tal como sus émulos se la imaginan, en una celeberrima y utilísima orden religiosa, máxime encaminada dicha propensión á los fines más nobles, no sé por qué nadie se habría de hacer de nuevas, cuando esto es lo impulsivo.

Ley de secreto. Lo mismo en esto, socianismo=masonería; bien que dándole quince y raya esta á aquel en el cumplimiento de la ley, porque sistemáticamente lleva el disimulo, la ficción y el embuste hasta el mayor cinismo imaginable. Además, la revelación del secreto y aun la simple deserción innumerables veces las cobra con sangre, á poco que se descuide la víctima.

No hablar palabra de religión en la logia. ¿De irreligión? de eso mucho y bueno; pero ¿de religión? ¡chitón! Este rasgo de la más refinada hipocresía es uno de los que mejor imprimen carácter á la masonería como al socianismo.

Multitud de símbolos religiosos. No hay que decir cuán grande es la conformidad en este particular.

Tratamiento de hermanos y consideración de tales. La fraternidad sociniana se ostenta, lo mismo que aquella libertad, en la bandera masónica.

La analogía es innegable, indiscutible: ya no es analogía, es igualdad. Luego, toda vez que este título ó sobrenombre es el que hoy prevalece para denotar á la secta, luego masonería es la que hoy nos acogota, y masonería era aquella, bautizada por Socino. Esto se subsigue, esto lógicamente fluye, esto por rígido discurso salta á los ojos. Esto; pero nada más que esto, ni una línea más allá. ¿Luego la masonería nació de Socino, él la engendró, con él principió, y no antes? De la mera ana-

logía, que por comparación termina en semejanza de dos seres, no se infiere, en buena lógica no se sigue. Podrá ser ó no; mas será menester probarlo aparte, añadiendo algo nuevo á la analogía, otra idea ó elemento que complete y redondee la demostración, esta proposición por ejemplo: Antes del socianismo no se dió otra sociedad semejante á la que llamamos y reputamos por masonería, secta anticristiana y antisocial. Con este aditamento ya procede el racionio; ahora restaría manifestar lo fundado de aquella negativa, esto es, que registrando la historia, ni por datos directos ni por por analogía aparece ninguna sociedad semejante y anterior al socianismo. Mas esto no lo demuestra el P. Lefranc, ni intentó demostrarlo, ni sentó tan siquiera aquella propósición ú otra parecida: antes del Socianismo no se dió otra sociedad semejante. ¿Lo demostró alguno de sus partidarios? ¿Dónde? ¿En qué términos? Hemos recorrido sus escritos con gran atención y no hemos dado con ello.

Nuestro Antiguo es el único que echó por este camino y aun tuvo barruntos del método que importaba elegir. Pero el Antiguo como desesperanzado de sacar la verdad líquida, ni formula el argumento cual cumplía, ni por el origen sociniano se muestra resuelto á romper lanzas, si bien con él simpatiza. Crítico como hay muchos, que con tal de hacer alarde de erudición más ó menos escojida, de manejar el gracejo ó la sátira mordaz, todo lo trituran ó lo dejan en el aire, se propuso hacer una excursión de recreo por el campo de las antigüedades masónicas; pero nótese, cojido del brazo con masones ¡qué ocurrencia! Se divierte en grande con ellos, especialmente con el payaso de Rebold, á quien hubiera vuelto tarumba, si con él hubiese podido habérselas boca á boca. Pero ¿aprovechar algo en su designio, si es que lo llevaba, aunque para mí no hubo tal? ¿aprender algo acerca de la genealogía masónica?

Ni por pienso; de tales guías y camaradas no había de esperar otra cosa, imbéciles ó de sobra maliciosos y falaces. Sin embargo picando aquí y picando allá, de manos á boca tropieza con un h. de Branville, quien si luego lo echa á perder con una salida de pie de banco, como hasta los más graves masones deslucen y borran sus mejores trozos, pero antes le espetó lo que sabía, y algo era, del origen templario. Nuestro hombre pasa de largo diciendo: eso no reza conmigo: y no contesta palabra á lo que se le habló en juicio. En resúmen nuestro Antiguo erró en la elección de instrumentos históricos, empeñado en sacar de masones el agua clara sobre sus orígenes; sacó desfallecimiento y escepticismo: debía de haberlo previsto. Por esto no ofrece ninguna solución categórica.

Luego. . . . reanudando el hilo de nuestras consecuencias y viniendo á la conclusión decisiva, el P. Lefranc no logra su intento; á lo sumo prueba que el socianismo era masonería, no que esta sea oriunda de aquel. Dije á lo sumo, porque en la secta sociniana, tal y cual la expone el P. Lefranc, no se ve por donde andan aquella procedencia escocesa, aquellos masones aceptados, aquel grado templario, tres puntos bastante atendibles, que debían de haber tenido su lugar en la analogía, constituyendo esta todo el único fundamento apreciable de la hipótesis.

Respecto de los muy doctos y muy dignos compañeros que se le asocian, como no allegan datos ó razones nuevas sobre las del maestro, su autoridad, por respetable en alto grado, no alcanza por sí sola á persuadir que haya sido lo que no fué.

Y nos abstuvimos de dar la respuesta, con que de un solo tajo hubieramos cortado la discusión, afirmando la existencia de una masonería anterior á la sociniana, pero masonería también, para no anticipar noticias innecesariamente, ni involucrar

cuestiones; toda vez que por exigencia de nuestro plan hemos de asentar aquel hecho, y en desempeño de nuestra palabra solo estamos comprometidos á examinar los argumentos de las diferentes opiniones, á ver si prueban ó no prueban.